

El singular americanismo de José Antonio Maravall

Desde mis años universitarios, en la década de los veinte, el americanismo me ha parecido o firme vocación financiera, o rentable expansión literaria —teatral, sobre todo—, o cursilería patrioter, o un refinamiento cultural que sabe aunar las íntimas esencias con las múltiples proyecciones hispánicas.

Toda esa gama de aspectos ha ido evolucionando, y a veces cambiando con los años. El único que para mí no ha cambiado es el último. Ha seguido enhiesto en mi espíritu durante siete decenios. Los otros tres, se agravaban o se atenuaban, según las varias circunstancias históricas.

Pero aun dentro del aspecto más noble y refinado, el último, se dan «variaciones» y «diferencias», según echemos mano de la actual o de la antigua terminología musical. Una muy singular —y, en parte, aun contrapuesta— se da en el Maravall historiador de la cultura, usando ese término en la doble acepción en que él la entendía, al pasar de la historia de las ideas (del pensamiento, sobre todo político y estético) a la historia de las mentalidades (de las actitudes intelectuales y artísticas de los diversos grupos sociales y/o históricos).

Diría que aquel paso de la historia de las ideas a la historia de las mentalidades viene a coincidir con dos actitudes tuyas, no del todo coincidentes, en el campo del americanismo —un interés, este último, que era esencial en y para un director de unos *Cuadernos* que se especificaban como *hispanoamericanos* y que publicaba el Instituto de Cultura Hispánica.

En cuanto al tiempo de esa doble diversificación, creo que se podría situar entre 1963, fecha de su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia sobre *Los factores de progreso en el Renacimiento español*, y 1966, año en el que aparecía una de sus obras cimeras: *Antiguos y modernos: la idea de progreso en el desarrollo de una sociedad*, enraizada en aquel discurso.

El hispanoamericanismo de Maravall avanzó paralelamente, en el tiempo, con su acendrado europeísmo, sin contradicción alguna. Los lectores de estos *Cuadernos* habrían ido

advirtiendo, sin duda, la simbiosis de ambos elementos, que se notaba en los subsiguientes estudios y ensayos que en esta revista iba publicando.

Para todo español de mente abierta, lo hispanoamericano es un punto medio entre lo nacional y lo internacional. Y si un español llega a Hispanoamérica no directamente, sino a través de Europa, el contacto se enriquece en calidad y en comprensión.

Ese doble carácter específico de sus varias contribuciones americanistas tal vez aconsejaría su reunión en volumen aparte, con páginas entresacadas de sus obras mayores y de sus escritos más breves —no siempre, menores— que ya han ido apareciendo reunidos en volúmenes misceláneos. Los primeros, los había ido preparando él mismo; los últimos y los póstumos, con la colaboración de su discípula María del Carmen Iglesias, ahora catedrática en su misma Facultad de Ciencias Políticas y de Sociología en la Universidad Complutense de Madrid.

Esa miscelánea serviría tanto a los americanistas de acá, como a los historiadores e intelectuales hispanoamericanos. Ella, por su parte, serviría a acercarlos cada vez más a toda la cultura española, cuanto más elevada y más renovada y más remozada la puedan contemplar en los escritos de uno de sus más insignes historiadores.

Acabo de mencionar estudios y ensayos. Pero el ensayo para un historiador de oficio, como lo fue siempre Maravall, rebasa el doble sentido que le diera su maestro Ortega y Gasset.

Para un historiador de oficio, ensayo no es ni el escrito interino y buceante, ni el trabajo elaborado y perfecto aunque sin el apoyo de las notas que ofrezcan las pruebas explícitas y la bibliografía —las «autoridades», como se decía antaño—. Para un historiador responsable, ensayo es un entrar en campos afines, definitivo en la intención, y más funda-



Maravall en su casa. Madrid, 1972

mentado aún que los escritos especializados, pero marginal y transitorio en la ruta espiritual de su propia vida.

A partir de 1963, fecha ya anteriormente citada como hito más historiográfico que académico, Maravall trató menos temas americanistas que en la etapa anterior, fuera de la visión, y de la actuación, de Las Casas, pero considerándolo siempre más bien como un avanzado pensador político español en la historia de la defensa de los valores y de los derechos humanos.

El hispanoamericanismo de José Antonio Maravall continuó en la misma línea de antes. Su dilatada dirección de estos *Cuadernos hispanoamericanos* le permitió divulgar a toda Hispanoamérica multitud de viejos y nuevos problemas españoles y europeos. Ello, y los copiosos libros por él publicados en las Ediciones de Cultura Hispánica —excelentes, entre tanta mediocridad, tanto por parte de España como de América—, le permitieron ejercer una influencia extraordinaria en todo el mundo de habla española.

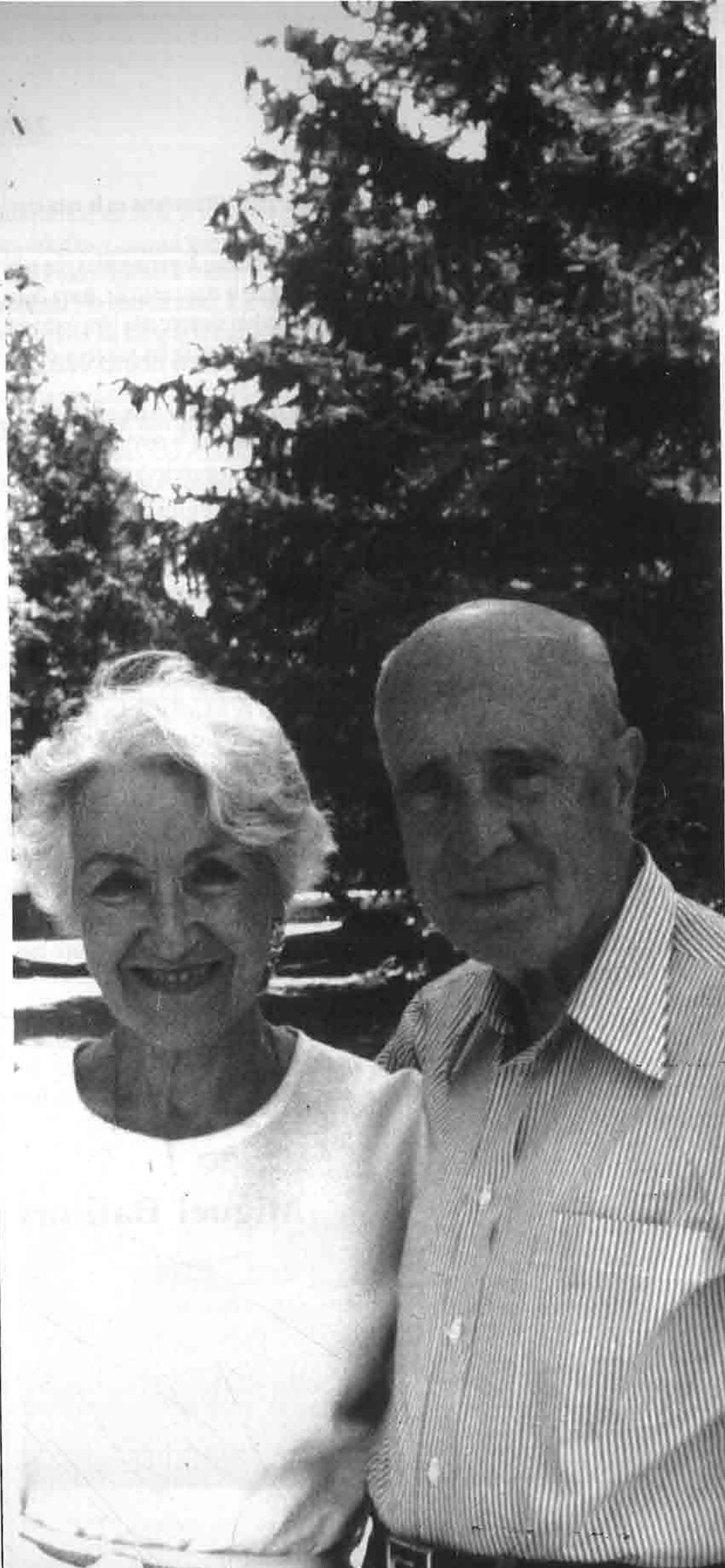
Cuanto asistimos al III Congreso Internacional de Historia de América reunido en Buenos Aires el año de 1966 para celebrar el sesquicentenario de la total independencia argentina, pudimos constatar que Maravall era el autor —aquí, también en el antiguo sentido de autoridad—, el autor español digo, más frecuentemente citado por los congresistas.

Su actitud europeísta, que lo llevó siempre a desconfiar de los mitos de los caracteres nacionales, sumada a su continua proyección americana le condujo últimamente, en 1981, a subrayar el carácter intraeuropeo e hispanoamericano de la expresión «Corona de España», desde el siglo XVI hasta el XVIII, en informe oficialmente solicitado a la Real Academia de la Historia, y por ésta encomendado a su pericia histórica.

Su vida, desde hacía mucho tiempo seriamente amenazada, no parecía, con todo, que le había de apartar tan pronto de sus actividades intelectuales. Mantuvo su euforia vital hasta el congreso de diciembre de 1986, celebrado en Salamanca para conmemorar el cincuentenario de la muerte de don Miguel de Unamuno. En la noche del 19 del mismo mes nos dejaban para siempre su espíritu inteligente y su alma bondadosa.

Ambos aspectos de su personalidad han sido evocados de consuno por sus alumnos, por sus discípulos oyentes, y por sus discípulos lejanos, sus lectores. Esos han sido, y seguirán siéndolo por mucho tiempo, todos lo que se han interesado —con proyección al pasado, al presente y al futuro— por la historia global de España, de Europa y de Hispanoamérica.

Miguel Batllori



Con María Teresa, en Navas de Riofrío. Verano de 1986